

IGLESIA DIOCESANA

Ramón Díaz Perfecto, pamplonés de 29 años, fue ordenado sacerdote en Roma en mayo. Antes de entrar el seminario había estudiado Física en Hungría y allí iniciará en enero su camino en el sacerdocio. El martes celebró su primera misa en Pamplona

El cura que estudió Física en Hungría

PILAR FDEZ. LARREA Pamplona

RAMÓN Díaz Perfecto sonríe continuamente. Pamplonés de 29 años, fue ordenado sacerdote en mayo, en Roma. Este martes celebró su primera misa en su ciudad, en la iglesia de San Lorenzo y tras una estancia en Valencia, el próximo enero recalará en su destino: Hungría. Conoce el país. Allí se graduó en Física en la universidad de Eötvös Loránd. Desglosa su biografía como quien describe la vida de un amigo. El mayor de cinco hermanos, uno de ellos monje benedictino en Madrid, tiene además dos tíos sacerdotes y una prima carmelita descalza.

Explica Ramón Díaz que con 18 años decidió “formar parte del Opus Dei, ser santo, entregar a Dios un corazón célibe, entero”. “Me hacía ilusión compartir toda la fe que había recibido por parte de mi madre, en el colegio, en el club Alaiz... Con otras personas fuera de Pamplona, donde hiciera falta y pudiera echar una mano. Preguntó y supo que una opción era Hungría. Carecía de vínculos con el país. Lo primero que hizo, reconoce, “fue mirar en un mapa, solo sabía que existía y que estaba en Europa”. Preparó las maletas y se marchó. Aprendió húngaro de manera intensiva durante un año y luego estudió Física, cinco años de carrera. “No conocía a nadie, pero es cierto que no aterricé en medio de la nada, el Opus Dei me acogió como en una familia y me ayudó con las gestiones administrativas en la universidad, con todo”, subraya que “estudiar húngaro fue toda una aventura”. “Los compañeros de clase eran sobre todo musulmanes que venían con algunas becas de sus gobiernos a estudiar en Europa: de Túnez, Irak, Palestina, Siria y algún marroquí. Fue para mí impactante porque por primera vez entré en contacto con gente que no



Ramón Díaz Perfecto, retratado esta semana junto al Club Alaiz de Pamplona.

JESÚS GARZARON

era católica y que me hacía preguntas sobre mi fe que no sabía responder, me ponían contra las cuerdas y eso me ayudó mucho, a profundizar, a entender los motivos... por qué creo en lo que creo. Había recibido la fe de mis abuelos, de mis padres de un modo natural y ahí lo contrasté. Me ocurrió lo que a cualquier otro universitario, en un momento de crisis, de cambio con lo que has vivido desde que eras pequeño, del ambiente protegido del colegio, familia... Fue un momento de maduración, de crecer... y duro también”, reflexiona. “Ya en la universidad mis compañeros eran húngaros, con un ambiente muy variado, la mayoría cristianos de distintos pelajes, un gran número de católicos, un hijo de



El martes celebró su primera misa en la iglesia de San Lorenzo. IRATI AIZPURUA

pastor luterano, un calvinista, un baptista, un greco católico, un grupete de agnósticos, en general todo gente con muchas inquietudes intelectuales que se preguntaba por qué estamos en el universo, qué sentido tiene la vida... eran conversaciones muy bonitas. Me encontraba con gente que no era católica, pero que tenía muy bien fundamentada su visión del mundo y surgieron diálogos muy interesantes”, sostiene. “Se podía hablar con mucha caridad y con mucha claridad. El debate era sosegado, en España tal vez es más visceral”, apunta.

Interpelado

Incide en que la Física le “encantaba y la disfrutaba muchísimo”, pero llegó un momento en que la materia no acababa de dar respuesta a todas sus preguntas. En los últimos años de la carrera, “de modo natural y espontáneo” se vio interpelado: “la santa misa, la necesidad de sacerdotes en la Iglesia”. “Todo esto me atraía y me interpelaba, no de un modo unívoco. Yo ya había entregado mi vida a Dios como numerario, esa vocación de disponibilidad. Escribí una carta al prelado del Opus Dei, con mi inquietud, ahí se abrió la posibilidad de estudiar Teología en Roma. Los primeros años uno va madurando la vocación y dedicando mucho tiempo a rezar en un ambiente tranquilo y cerrado, con gente de todo el mundo”, recrea un camino de cinco años en el seminario tras el que llegó la ordenación.

En casa siempre lo apoyaron. “Mis padres han tenido muy claro que el regalo más grande que podían dar a sus hijos no eran los logros económicos, académicos o los idiomas, sino la fe”.

Los veranos en Pamplona, la excursiones al Perdón o las salidas en bici que tanto le gustan, han sido en esta década la vuelta a sus raíces, a su identidad.

ASTUCIA PARA EL BIEN Y FIDELIDAD EN LO PEQUEÑO

Domingo XXV del tiempo ordinario (C)

LA BUENA NOTICIA

José Antonio Goñi

EN el evangelio de este domingo, Jesús cuenta a sus discípulos la parábola de un administrador acusado de malgastar los bienes de su señor. Al ser llamado a rendir cuentas, sabe que perderá su puesto y, para asegurarse un futuro, llama a los deudores y reduce sus facturas. Sorprendentemente, el señor alaba la astucia de aquel adminis-

trador. No lo elogia por su deshonestidad, sino por su capacidad de actuar con rapidez y creatividad ante una situación límite. Y Jesús nos invita a usar la misma inteligencia, decisión y audacia, pero no para beneficio egoísta, sino para construir el reino. Es decir, usar los bienes materiales

—que son pasajeros— para hacer el bien, ayudar a los demás, sembrar justicia y misericordia. Lo que compartimos se convierte en tesoro que no se pierde.

Finalmente añade una enseñanza clave: quien es fiel en lo pequeño, lo será también en lo grande; y quien es injusto en lo poco, lo será también en lo mucho. La vida cristiana se construye en lo cotidiano: en la honradez en el trabajo, en la palabra cumplida, en el cuidado de los detalles que quizá nadie ve, pero que Dios sí valora.

Este evangelio nos interpela sobre el uso que damos a lo que tenemos: tiempo, capacidades, recursos. ¿Los empleamos para amar, servir y edificar, o solo para nosotros mismos? En un mundo que premia la ambición, Jesús nos propone otra lógica: la de la fidelidad, la generosidad y el servicio. Y nos recuerda que el verdadero éxito no está en acumular, sino en dar. Porque al final, lo único que nos acompañará a la eternidad será el amor que hayamos compartido.